

## Voces

Jorge Eslava



Cuida, Luciana, los misterios. Tu cabellera  
está desordenada mas no permitas  
que contagie tu vida. Ten orgullo de la belleza  
boreal de tu cuerpo, goza tanto de los deseos  
como del azar o la prudencia. Guarda, dulce  
como el néctar, la palabra discreta en tus labios.



He bebido hasta medianoche. El rumor  
del vino en la penumbra del cuarto me disipa  
de los hados. El miedo, que dices, Luciana,  
tropieza mi cuerpo contra el tuyo, es una gota  
de ámbar, un placer silencioso. Tiemblo, bebo  
y recuerdo: prefiero el presente a tu fragancia.

Del viejo poeta persa leo:  
"Bebe vino antes de que tu nombre desaparezca"  
y bebo el vino que me ofrece la mujer que amo  
antes que el placer de pronunciar su nombre me abandone.



Contemplé toda la noche una sombra  
que el alba ha desvanecido en mi cuerpo solitario.  
Igual un recuerdo en sombra  
se deshace después del dorado crepúsculo.



Cuando pienso en el azar, Luciana, pienso  
en tu sueño y en el mío, en la estación que va delante  
de los cuerpos, en el aire de mañana, en el agua  
que discurre ciegamente, en el fuego  
que destruye, en la luz que mi palabra no alcanza.



Si besaste, poeta, a tu muchacha en un hermoso  
poniente  
y el verso que tanto anhelaste fue escrito  
por ti.  
(aunque soñado hayas la línea y los labios)  
Abandona, no es necesario, el día que vendrá.

Tú mujer que pasas entre sombras, concédeme  
la oscura virtud del aliento. Retén una forma  
decorosa, un ansia persistente en el corazón de mi  
pecho. Perdura tan fresca como el rocío en el pétalo  
de un lirio, más tiempo que la estación de las  
flores y más aún que la tierra donde quietas reposan.



Sé que habrás pronto de confundir las formas  
y las voces,  
de perder en la memoria los aromas y los rostros  
más amados,  
de guardar entre las sombras reunidas la ternura.  
El azar se habrá ido entonces: tendrás  
ese atardecer la certidumbre de tu ausencia.



Cuánta vida precede a tus manos, tu rostro  
o tus muslos. Pierde, Luciana, la bella ilusión de llevar  
un canto diferente; ya tu dulce canción la conocen  
no mis oídos ni mis venas que tiemblan  
al oírla, sino los numerosos sueños que he sido.

Cuánto me complace que me hables  
o me mires. Yo que desvanezco por tenerte frente  
a mí, no aspiro ; oh atrevimiento ! a que roces mis manos  
o mi espalda; bastaría, amiga mía, un sueño donde temblando  
te llamara por tu nombre y tú , sin asombro, te volvieras.



Afuera el mediodía. La luz  
se extiende por los objetos, las estanterías, los recuerdos.  
Qué puede brillar ahora en mi existencia  
si tu cuerpo, la lumbre más perfecta, se ha marchado.



Esta noche el recuerdo  
de tu cuerpo  
podría ser la última sensación que goce.  
Ya sin sueño, sin deseo,  
de veras te pregunto de quién el placer  
de clarear, amor, habitado por ti ante la nada.



En días he reunido con placer estas palabras  
que no han de durar, Luciana, más que la honda  
que huye o el viento ligero,  
para que lean de ti cuanto pude decir  
y sepan ; oh los que a ti te conozcan aunque  
levemente! qué mezquino soy de tu belleza sin desearlo.